

FERNANDEZ-MIRANDA, M., *Secuencia cultural de la Prehistoria de Mallorca*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XV, Madrid, 1978, 378 pp., 78 figs. y XLVIII láms.

El volumen XV de la Bibliotheca Praehistorica Hispana es la edición de la tesis doctoral de M. Fernández-Miranda, presentada en 1973 en la Universidad Complutense de Madrid. Como el propio autor indica, el tema ha sido actualizado con las nuevas aportaciones de los últimos cinco años, alguna de ellas resultado de sus propios trabajos de campo.

La evolución cultural de Mallorca hasta la romanización viene fuertemente condicionada por su insularidad, de forma que el estudio de su Prehistoria debe abordarse desde el punto de vista de su posición geográfica dentro del archipiélago balear, en relación con las otras islas del Mediterráneo occidental y en el propio marco de las zonas continentales próximas. Una simple observación del mapa incluído en la obra indica la densidad de yacimientos, que ciertamente es reflejo de la riqueza arqueológica de la isla, pero también de la intensidad de la búsqueda de vestigios. Desde un punto de vista bibliográfico esto último comporta la existencia de gran número de noticias de descubrimientos y hallazgos casuales y de memorias de excavación. Por desgracia, una gran parte de estos trabajos no son aprovechables a causa de su reducido nivel científico, lo que se ve agravado por el progresivo deterioro o destrucción de los lugares arqueológicos, que lleva consigo que muchos de los datos jamás puedan ser comprobados. Aunque abundan las publicaciones sobre lugares concretos son raros los trabajos de síntesis, y muchos de ellos adolecen de un carácter excesivamente localista, de forma que los fenómenos culturales que afectan a Mallorca raramente aparecen integrados en un marco más amplio.

Con todo esto, no es extraño que la obra de Fernández-Miranda deba comenzar con una revisión crítica de las investigaciones arqueológicas y de sus resultados, en la que, obviamente, va incluído el catálogo de yacimientos y de depósitos. En cada uno de los primeros se señala la localización, la clasificación sistemática del lugar arqueológico y los datos más significativos. El tipo de yacimiento (poblado con o sin muralla, colina fortificada, cueva natural o artificial, círculo dolménico, talayot, etc.) se indica con signos convencionales en el mapa de dispersión, y en algunos casos tendrá un significado especial en su atribución a un momento determinado de la secuencia cultural de la isla. Por otro lado se estudian los depósitos de objetos metálicos, que se utilizan en base a su significado como elemento de datación relativa. Se excluyen de esta revisión los hallazgos fuera de contexto arqueológico, independientemente de que en algunos casos puedan ser tenidos en cuenta en las conclusiones.

Los capítulos IV a VIII se dedican al estudio de los sucesivos horizontes culturales que se desarrollan en Mallorca: el precerámico, la facies de las cerámicas incisas, el Bronce Pretalayótico, y el Talayótico, subdividido este último en Talayótico I o Antiguo y II o Reciente. En todos ellos el esquema es básicamente el mismo: morfología y estructura de los yacimientos y análisis de los diferentes elementos de los ajuares. Tanto en una cosa como en la otra, y sobre todo en los complejos más recientes, existen serias dificultades a causa de la tendencia de algunos tipos a perdurar en más de una etapa.

Aunque ciertamente el estudio del primer poblamiento de la isla deberá ser replanteado en el futuro a partir de nuevos trabajos de campo y nuevas dataciones absolutas, hay una serie de datos objetivos que demuestran la asociación de vestigios humanos (restos óseos, objetos de sílex y huellas de fuego o de descarnado en los huesos de animales) con restos de *Myotragus balearicus*. Además, sabemos que al menos en Muleta estos primeros pobladores disponían de un tipo de *capra* doméstica, por lo que —desde

un punto de vista cultural— resulta evidente que conocían los sistemas de producción artificial de alimentos. Las fechas más antiguas para este horizonte son del 4730 a. C. en el nivel XII de Son Matge y del 3984 a. C. en el sector O de Muleta. Lo que no resulta aceptable, y así lo indica el autor, es que esto sea reflejo de una población precerámica, aunque sea «acerámica» o aún no se hayan descubierto pruebas arqueológicas de la existencia de este material. Ciertamente, con esa cronología es seguro que los pobladores antiguos de Muleta y Son Matge deben proceder de zonas ya neolitizadas y en las que se empleaba la cerámica. Los motivos de su ausencia en los yacimientos mallorquines sólo podrán ser conocidos a partir de futuras investigaciones.

El primer complejo cultural bien identificado en la isla es la facies con cerámicas incisas, si bien su filiación ha sido objeto de diferentes interpretaciones. Estos materiales aparecen asociados a elementos como los botones con perforación en «V», cuchillos de sílex y objetos de adorno, especialmente colgantes de piedra y conchas o dientes perforados. Los objetos metálicos que tradicionalmente se relacionan con este momento han sido recogidos con escasas garantías científicas, y por ello es posible que pertenezcan al horizonte cultural subsiguiente. Cristóbal Veny relaciona esta facies representada en cuevas naturales o artificiales con el mundo campaniforme siculo-sardo-italiano. Por el contrario, y teniendo en cuenta las cronologías tardías que alcanzan las cerámicas incisas en el Mediterráneo —tanto en las costas europeas como en las africanas— y la falta de los típicos objetos metálicos que acompañan al vaso campaniforme, Fernández-Miranda se inclina por buscar sus paralelos en el Neolítico Final.

El Bronce Pretalayótico se encuentra ligado al Bronce I y II mediterráneo, y aparece asociado a dos tipos de estructuras: cuevas, naturales o artificiales, y naviformes. Las cuevas artificiales —que fueron estudiadas hace años por C. Veny— se encuentran por desgracia destruidas casi en su totalidad. Por su parte, los naviformes, que recuerdan remotamente las navetas de Menorca, quizá imitan como lugar de habitación los modelos funerarios. A estos dos tipos habrá que añadir la presencia de un domo en Son Bauló de Dalt. En cuanto a su cronología, y manejando paralelismos con otras áreas dolménicas, el autor se muestra de acuerdo con las conclusiones obtenidas por Roselló y su contemporaneidad con los naviformes y las cuevas artificiales. Tanto los objetos metálicos, como algunas formas cerámicas recuerdan el mundo argárico, respecto a cuyas relaciones se opta por una postura moderada, señalando la presencia de elementos comunes, pero sin llegar a incluir Mallorca dentro del área de la cultura del Argar. La composición general de los ajuares, y elementos como los botones en «V» y de perforación simple o doble, permiten llevar este horizonte a la segunda mitad del segundo milenio.

El espacio comprendido desde la aparición del talayot hasta la romanización presenta dificultades en cuanto a delimitación y periodización. La investigación proporciona datos selectivos que comportan un conocimiento relativamente completo de las viviendas más antiguas, justamente lo contrario de lo que sucede con las necrópolis. El criterio seguido para la separación del Talayótico I o Antiguo del Talayótico II o Reciente es la aparición de las primeras aportaciones del mundo clásico mediterráneo.

El estudio del Talayótico I comienza con el análisis de los tipos constructivos de los talayots, por su forma general, sus elementos estructurales (columnas, corredor, etc.) y su relación con poblados, elementos defensivos, accesos y tipos de habitación. Entre los objetos de bronce de este período antiguo destacan las hachas planas, escoplos, pectorales y, sobre todo, las espadas de pomo macizo, estudiadas por M. Almagro Basch en su trabajo sobre el depósito de la Ría de Huelva, y en el que los hallazgos mallorquines se paralelizan con los de zonas relativamente alejadas. La fecha de C 14 de Son Matge,

que ha datado un nivel con este tipo de arma en el 1250 ± 100 a. C., ha planteado un problema a la cronología de estos tipos metálicos y, consiguientemente, al comienzo del Bronce Final de la Isla. Indudablemente, como muy bien justifica Fernández-Miranda, la edad de las espadas de pomo macizo debe ser más tardía y, como las de la Ría de Huelva, habría que llevarlas hacia el 800 a. C.

El contacto con el mundo clásico, que dá paso al Talayótico Reciente, es el resultado de un proceso que localizamos en la fundación de una colonia púnica en Ibiza (636 a. C.), en el desarrollo colonial griego en Sicilia, y finalmente en la propia conquista romana de la isla en el 121 a. C. En los ajuares aparecen elementos que son evolución de tipos anteriores junto con las importaciones del mundo clásico y con la llegada de elementos europeos de la Edad del Hierro. En las cerámicas coexisten tipos indígenas con importados, tanto prerromanos (cerámica griega, ibérica y gris ampuritana) como romanos (campaniense A, B y C, de paredes finas y sigillata). Con la entrada del hierro encontramos modelos antiguos de espadas y puñales de antenas, mientras que en bronce aparecen un buen número de esculturas antropomorfas y zoomorfas, entre las que destacan los toros del santuario de Costitx.

Más problemática es la cronología de los grabados rupestres de la isla, que se analizan en el capítulo IX de la obra. Salvo en el caso de Cova de Betlem carecen de cualquier contexto arqueológico que pueda ayudarnos en su datación. Para Betlem el autor acepta una relación con el depósito pretalayótico de la cueva. Independientemente, se admiten tres estadios sucesivos: uno antiguo, con entramados y temas circulares, otro con cruciformes antiguos tipo de S'Homonet y un tercero con cruciformes sencillos. El capítulo X incluye apéndices de toponimia, antropología física, fuentes históricas y fechas de C 14 para la Prehistoria Mallorquina.

En las conclusiones se procede a una reconstrucción histórica y cultural de cada uno de los períodos establecidos para la secuencia de la isla de Mallorca de acuerdo con los datos expuestos en los respectivos capítulos. Se presta atención muy especial a los contactos con otras zonas mediterráneas y sobre todo con la Península Ibérica, con la que se paraleliza en las cerámicas incisas, el vaso campaniforme, el mundo argárico y el Bronce Final. La obra termina con una revisión de las sistematizaciones de la Prehistoria mallorquina en relación con la propuesta por el autor y con un breve comentario del papel de la isla en el Mediterráneo Occidental.

En resumen, conviene destacar primeramente el gran esfuerzo realizado por el doctor Fernández-Miranda para sistematizar esta gran cantidad de información arqueológica, especialmente si tenemos en cuenta las dificultades que lleva consigo la utilización de los resultados de trabajos antiguos o de escaso nivel científico. A ello hay que añadir los datos proporcionados por la intensa labor investigadora del propio autor, tanto mediante la revisión de materiales en Museos y colecciones como en contacto directo con los yacimientos. Los resultados no han podido ser mejores, pues se ha podido obtener una visión de la secuencia cultural de la Prehistoria de Mallorca, que —superando perspectivas localistas— puede relacionarse con fenómenos más amplios dentro del Mediterráneo Occidental, y muy especialmente en relación con la Península Ibérica. No queda pues más que felicitar al autor por la elaboración de esta importante síntesis, que a partir de ahora va a ser básica para el conocimiento de la Arqueología Prehistórica de las Islas Baleares, y agradecer al Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y a la Excm. Diputación Provincial de Baleares la edición de una obra que, sin duda, honra la ciencia española.—J. A. MOURE ROMANILLO.